

Independencias en América Latina

por

Olga Fernández Latour de Botas*

La reflexión sobre América Latina surge ubicuamente en el mundo actual, impulsada por la cascada de conmemoraciones que en ella se despliega en el marco de los bicentenarios de las declaraciones de independencia de varias de sus naciones: Venezuela (5 de julio de 1810), Colombia (20 de julio de 1810), Paraguay (14 de mayo de 1811), Argentina (9 de julio de 1816), Chile (12 de febrero de 1818). Resulta propicia esta reviviscencia de estudios historiográficos para alimentar la curiosidad nacida del confuso concepto que, dentro y fuera de sus límites continentales, posee la humanidad respecto de este inmenso territorio, de sus habitantes y de los procesos históricos que lo han involucrado, y que lo involucran, con el devenir de la historia universal, a través de los tiempos.

Resuenan todavía las voces destempladas que a raudales hicieron correr la teoría del “encubrimiento” de América para acallar a las que quisieron conmemorar gozosa, y algo ingenuamente, su “descubrimiento”.

La posición relativista, avalada por teóricos del prestigio de Tzvetan Todorov, se encargó ya de poner la historia de los procesos de contacto entre los hombres de América y los del resto del mundo, en el plano semiótico pero, teniendo poco en cuenta lo que suele llamarse, precisamente, “los signos de los tiempos”, condenó a los segundos por ser “los otros” y exculpó a los primeros al ponerlos en el rol de “los unos”, cuando en la realidad todos poseían idéntica condición de alteridad respecto de quienes, a lo largo de sus extensas trayectorias terrestres, se enfrentaban con

* Academia Nacional de la Historia, Academia Argentina de Letras, Pontificia Universidad Católica Argentina.

ellos por primera vez. También en la América precolombina hubo “unos” y “otros” y el fenómeno del encuentro tuvo, en cada caso, semejantes y dramáticas alternativas.

La América sajona logró quedar afuera de estas teorías pues, al menos, si nos atenemos a Todorov y a sus seguidores, no se toma como ejemplo de horrores lo ocurrido en sus territorios. Todo pasa a la alforja de la América hispana, como que, efectivamente, por iniciativa de España llegó el hombre europeo a conocer América. Y poca relevancia se asigna en nuestros días a tan ingente mérito.

La hora presente es, en efecto, la de la conmemoración, casi simultánea, de los procesos independentistas iberoamericanos, y nuevamente aparecen, con aires de originalidad, innumerables reiteraciones de una misma posición descarnadamente crítica de las ideas y de las acciones de los protagonistas de tales procesos, que aspira a convencer a las nuevas generaciones de que hubo más miserias que grandeza en los próceres y de que la historia de la independencia de las naciones de América es, en suma, la de una inmensa frustración. La desmesura que suelen mostrar tales posturas resta seriedad a planteos que, vistos con objetividad, pueden aportar dosis de emocionante humanidad a las simples cronologías y contribuir a lo que Cicerón quiso como destino de la ciencia historiográfica: que sea, la Historia, maestra de la vida.

Una vez más, parece que es solo América Latina la que debe cargar con la responsabilidad histórica de todo lo ocurrido – siempre y cuando sea de signo negativo- aunque demasiado visible es, por otra parte, la responsabilidad política, social y cultural de la América sajona en el mundo presente. Contra lo que suele repetirse, sin mucho pensarlo, responsabilidad no significa en modo alguno culpabilidad, sino protagonismo. Pero ambas Américas están condenadas a verse atacadas por conceptos transgresores ya que, en cuanto a la del Norte y como contrapartida, se ha querido negar que la NASA haya puesto hombres en la Luna y que los ataques a las torres gemelas de Nueva York hayan llegado desde afuera. Quienes asumen esta posición son por lo general, confesos o embozados partidarios del terrorismo.

La Libertad, en cuyo nombre se iniciaron todas las guerras de la independencia americana, lleva actualmente a los hombres de varias regiones de nuestra América Latina a votar –¿libremente?– regímenes desembozadamente totalitarios. Los monopolios, tan execrados en los días de luchas independentistas, son tolerados ahora cuando se ejercen por parte del propio estado todopoderoso y varios gobernantes electos en comicios aparentemente democráticos, están liberando los caminos jurídicos para poder ser reelectos indefinidamente y aún preparar a sus herederos forzosos. Ahora parece que, lo que las personas reclaman, no son las libertades que otorga el derecho público en el marco de constituciones democráticas que también señalen los deberes del ciudadano. Vale para el pueblo que un gobernante se haga cargo *sine die* de la suma del poder político, siempre y cuando cada persona goce de una irrestricta libertad individual, sin contrapartida de responsabilidad social, para tener acceso abierto a cualquier clase de conducta pública o privada, a la apropiación de lugares comunes, al consumo de sustancias aptas para brindarle ilusorios paraísos artificiales (solo frecuentados antes en América por los chamanes indígenas con mágicos designios comunitarios) o para disponer de su propio cuerpo antojadizamente, sin medida ni responsabilidad por las fatales consecuencias de tales conductas, que han de recaer en otros, por lo general tan absolutamente desvalidos e inocentes como lo son los niños por nacer.

Pese a que todas las naciones americanas nacieron bajo el signo de la Cruz de Cristo, pese a que la evangelización constituyó lo más humanamente elogiabile de las misiones impuestas a los conquistadores por las Leyes que, desde Europa, los regían, el espíritu religioso de las masas populares se desliza hoy por cauces de hondos y oscuros ríos y, desandando siglos, prefiere con harta frecuencia abandonar las grandes religiones reveladas para volcarse a manifestaciones de pretendidos cultos a la energía de la naturaleza, disfrazados a veces de posturas ecologistas. Estos cultos incluyen algunos, relativamente “modernos”, dedicados a la naturaleza específicamente humana, encarnada en ciertos difuntos de existencia azarosa, como los que protagonizan las devociones

que centenares de miles de “fieles” manifiestan, en nuestro país, a personas que –sin importar las virtudes o defectos que tuvieron en vida– han muerto en circunstancias violentas. En algunas comarcas latinoamericanas hay próceres a quienes se erigen altares domésticos, como es el caso del Libertador Simón Bolívar, por ejemplo, en Venezuela. Y ni que hablar de las bárbaras manifestaciones laicistas y anticatólicas de la España de hoy, donde, al menos hasta la abdicación del Rey Juan Carlos, el desenfreno y el mal gusto campearon ante una monarquía permisiva, muda y de manos atadas por una suerte de vergüenza inhibidora y fatalista que el mundo hispánico desea dejar atrás, con el nuevo monarca Felipe VI de Borbón y Grecia, en un pasado no feliz.

Hemos reflexionado breve y desordenadamente sobre características de las actuales sociedades de América Latina. Esto es, para nosotros, el umbral de un planteo histórico en el que intentaremos caracterizar, por un camino crítico de enfoque cognitivo, los procesos que desembocaron, para las distintas naciones que tuvieron a España como metrópoli durante tres siglos, en la obtención de sus respectivas independencias. Ya en tiempos de paz, es indudable que América es una criatura de la humanidad animada por el aliento español. Y ello será siempre motivo de celebración emocionada y fraterna.